

EL PERSONALISMO DE KAROL WOJTYŁA PARA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

THE PERSONALISM OF KAROL WOJTYŁA FOR THE CONTEMPORARY WORLD

ANDRÉS FELIPE LÓPEZ LÓPEZ

Magíster en Filosofía (2014) y candidato a doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Colombia). Profesor de la Universidad de San Buenaventura de Medellín. Coordinador de investigación Facultad de Educación Corporación Universitaria Uniminuto. Estudiante investigador del grupo «Epimeleia». Miembro de la Asociación Española de Personalismo (AEP). Este artículo es producto de su investigación de tesis de maestría. Correo electrónico: pipelopezlopez@hotmail.com.

Recibido el 26 de febrero de 2014/Aprobado el 10 de agosto de 2014

Resumen

La visión personalista del hombre de Karol Wojtyła está orientada a la defensa de la dignidad de la persona humana. La acción solidaria y el mandato evangélico formulado en sentido positivo de «amarás al prójimo como a ti mismo» son los pilares del reconocimiento del otro no solamente como ser humano, como hombre-sujeto, como persona y como valor, sino que se proponen como un sentido nuevo de las relaciones humanas en orden al establecimiento de una comunidad mundial más justa; la noción de «prójimo» supera experiencialmente la experiencia del otro como socio. En la noción de «prójimo» está contenida la verdad sobre el trato que todo ser

humano es digno de recibir: el amor. Este escrito es una composición interpretativa y propositiva de la valoración de la posición filosófica de Karol Wojtyła como alternativa que hace frente al individualismo como olvido del otro, fenómeno que se hace más evidente en el mundo contemporáneo.

Palabras clave: Amor, persona, prójimo, Karol Wojtyła, Max Scheler.

Abstract

The personalist view of man of Karol Wojtyła is addressed to the defense of the dignity of human person. The solidarity action and the evangelic dictation, formulated in the positive sense of "Love your neighbor as yourself" are the funds of the other's recognition, not only as a human being, as a man-subject, as a person and value, but by a proposal of a new way of human relationships in order to establish a fairer world-wide community; the "neighbor's" notion get over experientially, the experience of the other as a fellow. Inside the "neighbor's" notion is contented the truth about the treat that every human being is worthy: the love. This paper is an interpretative and with proposal-objectives composition of the assessment of the philosophical position of Karol Wojtyła as the alternative that he does about the individualism as a oblivion of the other, a phenomenon that gets more and more evident in the contemporary world.

Keywords: Love, person, neighbor, Karol Wojtyła, Max Scheler.

Notas introductorias a la visión personalista del hombre de Karol Wojtyła

Para una antropología filosófica personalista y una fenomenología de la persona, la visión del hombre en el pensamiento de Wojtyła no está fundada en el dualismo y tampoco es androcéntrica. El hombre es realidad original,

único en su singularidad, integral, sujeto histórico; el hombre existe en el lenguaje: la acción, la palabra y el gesto por ejemplo son fenómenos dialógicos. Aunque Wojtyła nunca se refirió peyorativamente a la metafísica, su análisis de la persona rebasa el examen metafísico tradicional de carácter objetivista; la suya es metafísica de la persona y, en este sentido, el filósofo polaco no contrapone la filosofía del sujeto con la filosofía del ser al centrar su estudio en la estructura ontológica de la persona, y bajo esa luz decimos que el alcance transfenoménico de su fenomenología de la persona resulta en una filosofía del ser del sujeto que lleva a cabo acciones junto con otros con los que comparte el mundo: un mundo común de seres humanos, de cosas y hechos, un mundo como horizonte de lo posible, constituido por el todo como realidad, por el horizonte total en el que la persona es la realidad radical.

El hombre contemporáneo, después de las guerras mundiales, se encuentra cercado por la decepción; ese síntoma es fenómeno de un hecho más profundo: el olvido del otro. Después de la Segunda Guerra Mundial el fenómeno del totalitarismo le mostró al mundo que la forma que había tomado su confianza en la racionalidad científica y positivista era una vergonzosísima farsa, era ciega; los conceptos de legitimidad, igualdad, ley, fraternidad, amor, bien, Dios... se fueron al traste. El hombre no soportó la idea de que su historia es la historia de una crisis: una crisis antropológica, por eso se aliena. En términos wojtylianos, esta es una historia del olvido del valor de lo humano, del desprecio por la dignidad de la persona. Frente a este hecho el personalismo de Wojtyła aparece como la alternativa que considera al hombre como el sujeto que imprime a la sociedad un modo de subjetividad a través de la acción solidaria. La política, la economía y el Estado en términos éticos, deben establecerse a la altura de la dignidad humana, en tanto que esta es el camino que deben recorrer todas las instituciones. El hombre en su realidad singular, porque es persona, tiene una historia propia de su vida y una historia propia de su alma, que se enlazan con la de los otros hombres situados también en el mundo (Juan Pablo II, 2005, p. 16). El trabajo, por ejemplo, constituye y compone una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra (Juan Pablo II, 1981b, n.o 4), en él se realiza: no solo transforma la naturaleza del mundo físico que ocupa adaptándola a sus necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; en cierto sentido, la posibilidad de transformar el mundo que habita lo hace ser más hombre, lo encuentra con el otro que se ha olvidado, el otro que sufre. El olvido del otro es la legitimación de la injusticia; así lo expresa el Papa Polaco:

El sufrimiento del prójimo, el sufrimiento de otro hombre igual en todo a mí, suscita siempre en quienes no sufren un cierto malestar y casi un sentido de embarazo. Viene instintivamente una pregunta: ¿por qué él y no yo? No es lícito sustraerse

a esta pregunta, que es la expresión elemental de la solidaridad humana. Pienso que esta solidaridad fundamental es la que ha creado la medicina y todo el servicio sanitario en su evolución histórica hasta nuestros días.

Debemos, pues, detenernos un poco ante el sufrimiento, ante el hombre que sufre, para volver a descubrir este vínculo esencial entre el «yo» humano mío y el suyo. Debemos detenernos un poco ante el hombre que sufre para testificarle y, en cuanto sea posible, testificar juntamente con él, toda la dignidad del sufrimiento, diría toda la majestad del sufrimiento. Debemos inclinar la cabeza ante los hermanos o hermanas que son débiles e indefensos, privados precisamente de lo que a nosotros se nos ha concedido y de lo que gozamos cada día.

Estos son sólo algunos aspectos de esa gran prueba que tanto cuesta al hombre, pero que al mismo tiempo lo purifica, como purifica a quien trata de solidarizarse con el otro, con el «yo» humano que sufre (Juan Pablo II, 1979).

Estas fueron palabras de Karol Wojtyła durante el rezo del Ángelus en la Ciudad del Vaticano el 11 de febrero de 1979. El sufrimiento como angustia y el dolor son elementos de la vida humana que han acompañado la historia del hombre desde siempre, en todos los tiempos. La fuente del mal que existe en el mundo se encuentra en el mismo lugar en el que nacen el amor y el bien: el corazón y el espíritu humano. No bastan las políticas y las organizaciones para traer la justicia y la paz, porque la raíz del mal se encuentra sembrada en el interior del hombre; de igual modo el remedio: el amor, como verdadero sentido moral y social. ¿De qué clase o majestad de amor, es del que el pensador hace apología? De un amor que se reveló en un signo histórico, en un hecho real: la Cruz, que es el rostro amoroso de Dios; en el rostro sufriente de Jesús de Nazaret Dios nos mostró su naturaleza. Dios estaba muriendo con cada hombre que era asesinado en Auschwitz: el ser de Dios es mi vida, Él me engendra como Él mismo y se engendra como mí mismo y me engendra como su ser y como su naturaleza (Eckhart, 1978, p. 184). Cuando se piensa el sufrimiento, y se experimenta, el hombre se da cuenta de su inmensidad intrínseca; el dolor lo circunda; del sufrimiento, el hombre no se puede sustraer; la majestad del sufrimiento es tal que nótese cómo S. Kierkegaard dijo que si Dios existe cómo explicamos el mal. El misterio del dolor y el sufrimiento ha estado presente de

un modo muy evidente en la vida de Karol Wojtyła, incorporado por ejemplo a su vida física cuando fue víctima de un atentado en la Plaza de San Pedro en Roma y el subsecuente deterioro físico y la enfermedad.

El 11 de febrero de 1984 se publica la carta *Salvifici doloris*. En ella Wojtyła afirma que el sufrimiento está presente en el mundo no por un castigo divino sobre el hombre, sino por la indiferencia hacia el otro, y porque el sufrimiento provoca sobre los que no lo padecen hacia los que sí, amor; el sufrimiento es un fenómeno de la vida del hombre presente para ablandar voluntades y corazones y transformar toda la civilización humana en la civilización del amor. Ante el dolor ajeno el hombre debe sentirse llamado de una manera imperativa a la solidaridad, al encuentro del otro. La pobreza y la injusticia social deben ser combatidas mediante transformaciones humanas; sin embargo, la erradicación del hambre y la pobreza no constituyen toda la lucha contra la miseria, es necesario que se edifique un mundo en el que todos los hombres puedan vivir una vida verdadera y plenamente humana.

El personalismo wojtyliano es el análisis del ser humano en cuanto persona en acción; es la defensa de lo específicamente humano: el otro es el fundamento cardinal de referencia. Esta es la antítesis del totalitarismo y del individualismo. Esta antítesis es la piedra angular de un sistema ético personalista porque garantiza la existencia de una comunidad realmente humana, en la que el ego del hombre, su yo, percibe que existe junto con otros que comparten con él experiencias y que son al mismo tiempo en la unidad, muy distintos a él (Wojtyła, 1998, pp. 344-347). La persona es irreductible, no se la suplanta por otra categoría. La naturaleza del hombre es ser persona: individuo que piensa, que es consciente, individuo espiritual:

La naturaleza es la esencia de una determinada cosa, tomada como fundamento de su actividad. Porque si analizamos un ser realmente existente, considerando su esencia, debemos admitir que la acción de este ente es, por una parte, una prolongación de su existencia (*operari sequitur esse*) y, por otra parte, cuando se trata del contenido de esta acción, es el resultado o lo que emerge de la esencia de este ente. En la acción están contenidos, por consiguiente, los dos aspectos contenidos en el ser: la acción en cuanto acción es, en un cierto sentido, una prolongación de la existencia, una continuación de la existencia. La acción, en cuanto determinado contenido que se realiza a través de la acción misma es una especie de manifes-

tación, de expresión, de la esencia de ese ente. Cuando decimos que el «animal actúa» o que el «hombre actúa» decimos dos cosas distintas. Y es comprensible porque el fundamento de una y otra de estas acciones es una naturaleza distinta. La acción es distinta ya que la naturaleza es distinta. Es una acción distinta por su contenido, pero ya que el ente está estrechamente unido con la existencia, la acción como expresión de la existencia, como su continuación, es igualmente distinta [...]. Cuando decimos que el hombre es un ser racional ya estamos afirmando que es una persona. El hombre es, por naturaleza, persona. Boecio ha dicho que la persona es un individuo de naturaleza racional. Solo y exclusivamente esta naturaleza racional puede constituir el fundamento de la moralidad. La naturaleza racional es la persona, es decir, el individuo de naturaleza racional (Wojtyła, 1998, pp. 281-283).

El enunciado que establece al hombre como persona de naturaleza racional, nos dice Wojtyła (1998, p. 284), no hace referencia solo a la noción de «razón» como la sola capacidad de crear conceptos, argumentos, expresar juicios o representar el mundo, denota también la capacidad inherente a la persona de conocer la verdad; la relación entre hombre y verdad es una conexión de tipo natural; conocer la verdad, tender hacia ella, es también la capacidad de acoger la verdad sobre el bien y la verdad sobre las cosas buenas; *appetitus rationalis* lo llamó Tomás de Aquino: es una facultad de deseo que permanece en vínculo natural con la razón y con la verdad (Wojtyła, 1998, p. 285). La racionalidad es atributo característico de la naturaleza humana, la libertad es al mismo tiempo atributo de su naturaleza racional. Razón y libertad son fenómenos de personalidad.

Aristóteles y Tomás de Aquino dijeron que la felicidad del hombre consistía en un acto de la facultad más perfecta del ser humano como persona: la razón; ese acto tiene como fin, según esta concepción, la contemplación intelectual del Ser más perfecto. La naturaleza humana del hombre aspira a la plenitud. El hombre, unidad de alma y cuerpo, por su misma condición física, sintetiza en sí los elementos del mundo material; el hombre es la síntesis de la totalidad del ser. El hombre es superior al universo material; en la totalidad del ser el hombre no es solamente una partícula más de la naturaleza y la persona no solo un elemento anónimo de la sociedad (Wojtyła, 1998, p. 91). No es solo partícula material porque le es inherente la trascendencia. La pregunta

más problemática de la existencia humana es la relativa a la muerte y al sufrimiento; el dejar de ser y sufrir son del hombre sus más grandes temores; el ser humano se encuentra cercado por el miedo a la muerte del ser actual existente que es el sufrimiento, y a la muerte física. Ambas se nos presentan como exterminio, como el abandono del mundo de la vida, no en sentido biológico estrictamente. Empero, el germen de la eternidad que retumba en su interior como un eco, y que es irreductible al mundo de la materia, salva de lo indecible de la muerte a la persona. El eco de Dios que retumba en la conciencia redimensiona la muerte, convirtiéndola en el deseo de algo más que el mundo físico. Dios es el contenido del misterio interior del hombre. La verdad del hombre es la verdad del misterio que encarna. La verdad del hombre es su irreplicable realidad de ser y de obrar, su continuo devenir en el tiempo y el espacio. El hombre es apertura interior de espíritu (Wojtyła, 1982, pp. 302-308). El valor de la vida humana demanda su respeto. El valor de la vida humana es una buena noticia para el mundo, dice Wojtyła en *Evangelium vitae*; está fundado en la sacralidad de la misma vida. Todo lo que amenace la estabilidad de la verdad de la persona humana que es valor en sí, como el aborto, la eutanasia, la pena de muerte, la guerra o el proyecto aparentemente social que defiende estos hechos como derechos, debe ser considerado un atentado contra la vida misma. La persona es sagrada porque la vida humana sobrepasa y desborda la mera existencia en el tiempo y en el espacio por ser participación de la vida misma de Dios; la conexión entre vida humana y vida divina denota en el hombre una existencia original superior a todas las demás criaturas vivas del mundo; el hombre es manifestación de Dios en el universo físico, el hombre es el aparecer de la naturaleza de Dios en el mundo. «La vida lleva escrita en sí misma de un modo indeleble su verdad» (Juan Pablo II, 1995, n.o 48) dice Wojtyła; la verdad de la vida se manifiesta en el amor al otro; este es el fenómeno psico-físico e inmanente que evidencia la permanencia de la eternidad en el hombre. La vida, por ser humana como es en todo su concepto psíquico y biológico, es la realidad radical por excelencia.

Al hombre le es propio un modo de subjetividad en el que cada uno se experimenta a sí mismo como responsable de sus propias acciones para sí y para el otro; la dignidad de la persona humana es la medida de la moral, la medida del concepto y de la experiencia del bien: esto es un hecho, un dato, no una opinión. El sufrimiento del otro me dice que él es un valor en sí hacia el que dirijo mis acciones de modo auténtico cuando mi obrar está ordenado por el amor, y de modo inauténtico cuando mi acto está dirigido por el odio o por el egoísmo. En la *Ilíada*, en el canto XXII, Homero pone en escena el combate entre Héctor y Aquiles. Héctor propone a Aquiles, hijo de Peleo, un pacto teniendo a los dioses como testigos, de que si Zeus concede al troyano la victoria no insultará cruelmente su cadáver y lo entregará a los aqueos para que estos le hagan los ritos atinentes a su deceso, esperando recibir de Aquiles el mismo gesto en el caso de que este fuera el vencedor. Aquiles lleno de

ira y de odio le responde: «No me hables de convenios. Los leones no pactan con los hombres, ni se ponen de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros, tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie con su sangre a Ares». El hombre que actúa mediatizado por el odio y el egoísmo actúa como un león y como un lobo, los otros son hombres y corderos.

El concepto de amor de Max Scheler y Karol Wojtyła

En *Esencia y formas de la simpatía*, Max Scheler presenta su concepción del amor; ese concepto, como veremos, disciplina en parte el mismo en Karol Wojtyła. El amor no es un sentir, tampoco una función, el amor es una acción espontánea, un movimiento humano. La simpatía por otro lado es una conducta fundada en el amor; solo el amor la hace posible. La simpatía no tiene relación con el valor, mientras que el amor está orientado al valor, ya que la persona es un valor, ella es la portadora de los valores morales.

La persona, siendo portadora de los valores, los convierte de morales a valores personales. Solo la persona es digna de ser vista como valor por sí mismo. La persona no es un valor privilegiado, ella es el valor mismo. Se define, según Max Scheler, como la sustancia unitaria de todos los actos que lleva a cabo un ser, una sustancia ignota, que jamás puede darse en el saber netamente científico porque es, más bien, vivida individualmente; no es ningún objeto, ni mucho menos una cosa. Una vez se opera la reducción fenomenológica sobre la persona, el producto que nos queda es la esencia misma de las acciones que refieren a la causa en sí de las mismas acciones: la persona. Esto es, que en ella se encuentra, una vez operada la reducción fenomenológica, la unidad concreta espiritual y material de las acciones. La persona no es solo sustancia, la persona es lo vivido. No es abstracta porque ella vive en cada una de sus acciones y se vive a sí misma en cada obrar, y yo la vivo completa en su existir en cada acción. Cada acción particular no es ni abstracta ni etérea: el actuar humano es producto del todo compuesto por el ser personal particular.

Según la filosofía personalista de Max Scheler en conformidad con Kant, la persona que no es ni cosa ni objeto no puede por ende ser concebida únicamente como realidad sustancial porque su ser no es estático; una evidencia de su constante dinamismo es precisamente el fenómeno por el que se manifiesta el interior, la personalidad y el espíritu humano: la acción. Decimos incluso que el no acto como omisión, también es acción: callarse, alienarse,

desvincularse u omitir son resultados de la voluntad y la libertad, tuvieron que haber sido decididos. La persona es esencia espiritual, individuo libre que posee a su vez un mundo individual al que Scheler denomina «microcosmos». No se trata de un solipsismo, por el contrario, este mundo individual, este microcosmos constituido por mi obrar particular, abre a la persona el universo de lo posible que está compuesto por todos los microcosmos, por la totalidad de las personas. En la medida en que conoce otros microcosmos la persona complejiza el propio, lo amplía, lo carga de sentido, encuentra, en sí y en el otro, valor superior al de las cosas. La persona es presencia de valor. Como los primeros principios que se captan por la intuición inmediata: espacio, tiempo, movimiento y número de los que habla Pascal, la persona es la verdad de los valores personales que se captan por intuición inmediata del corazón. A espacio, tiempo, movimiento y número como primeros principios no se añade uno, sino que descubrimos uno que estuvo siempre ahí antes del primer principio puesto antes como «espacio», que es la persona como valor en sí. Es aquí donde Scheler estructura una ética a priori emotiva, universal y material, no formal. A priori emotiva porque los valores no están sujetos a la razón, sino a la intuición emotiva; universal y material porque no se funda en los hechos formales sino en los materiales. Un hecho material por ejemplo, es que los valores están en la cosa, pero no pertenecen a la cosa. La persona humana no solo posee dignidad, ella es digna en sí misma. El deber entonces, a partir de estas tesis, no se formula en términos formales por el solo respeto a la ley, sino por la orientación de los actos dirigidos hacia la dignidad personal del hombre. El amor como movimiento me abre al reconocimiento del estado puro del otro; por el amor poseo conciencia pura de la persona que es el otro microcosmos con el que me encuentro en la existencia, y por esa razón lo exalto, me estremezco con su valor. Solo el amor por la persona permite al hombre ver los valores de esa persona amada. La simpatía dice Scheler es ciega al valor, mientras que el amor es referencia al valor. El amor es un acto espiritual (Scheler, 1957, pp. 180-181). No se aman entidades abstractas, no se aman ideales. El amor está dirigido a un objeto individual que es portador de valores o que es valor por sí: la persona, y Dios como persona. El amor abre al amante la vista, porque descubre en el ser amado valores que estaban antes ocultos a la vista. El amor ve de una manera objetiva lo psíquico-físico, lo espiritual; ve la persona en cuanto está siendo.

Max Scheler hace la siguiente descripción de la acción de amar en tres formas: amor vital, amor psíquico del yo individual y amor espiritual; cuerpo orgánico, yo y persona respectivamente. Equivalente en su orden a valores vitales, espirituales y personales. Aunque el primer modo hace referencia al plano de lo físico, el amor vital o sexual no está referido al solo placer, esto cosificaría el ser del sujeto amado, y por tanto no sería amado, sino usado. Tampoco es instinto ni fin en sí mismo, es medio para expresar amor; es fenómeno de interioridad, es aparecer, es acción. El amor psíquico está, en comparación con

el amor vital, más dirigido al sujeto. El amor psíquico es vivencia de valores; es decir, vivencia del valor del otro. El amor espiritual por otro lado, es el modo superior de amar. Su tendencia es a lo que no se es. El amor espiritual trasciende. El amor espiritual reconoce de manera objetiva lo sagrado.

El concepto de amor en Karol Wojtyła

El amor es el fundamento inexorable de la norma personalista: no servirse del otro, no utilizarle¹:

Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amado [...]. Cualquiera que sea el uso que de él hacen los humanos, el corazón, símbolo de la amistad y del amor, tiene sus normas, su ética. Hacer sitio al corazón en la construcción armónica de vuestra personalidad nada tiene que ver con la sensiblería y menos aún con el sentimentalismo. El corazón es la apertura de todo ser a la existencia de los demás, la capacidad de adivinarlos, de comprenderlos. Por eso, algunos se sienten tentados a deshacer su personalidad, encerrados en sí mismos.

Amar es, por tanto, esencialmente entregarse a los demás. Lejos de ser una inclinación instintiva, el amor es una decisión consciente de la voluntad de ir hacia otros. Para poder amar en verdad, conviene desprenderse de todas las cosas y, sobre todo, de uno mismo; dar gratuitamente, amar hasta el fin. Esta desposesión de sí mismo es fuente de equilibrio. Es el secreto de la felicidad [...]. Vosotros valéis lo que valga vuestro corazón.

La anterior cita es un fragmento del discurso del papa Wojtyła en París, el primero de junio de 1980. Wojtyła piensa en su texto Cruzando el umbral de la esperanza que el amor no es algo que se aprenda, pero a la vez no hay nada que sea más imperativo de enseñar (Juan Pablo II, 1994, pp. 132-133). La

1 Para ampliar este análisis del «amor» como experiencia vivida, léase en la revista Cuestiones Teológicas de la Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, el artículo «Karol Wojtyła y su visión personalista del hombre», volumen 39, n.o 91.

norma personalista de la acción es la norma personalista del amor, una regla absoluta reinventada por Wojtyła; esta norma es el fundamento de la moral personalista wojtyliana: el fundamento de la moral no puede estar depositado en la consideración o en la acción de usar al otro; el otro, que desde una axiología scheleriana, la moral cristiana y una fenomenología de la persona, no es susceptible de ser cosificado o instrumentalizado; si la persona la cosifico como medio o como objeto destruyo su estatuto de persona, lo fragmento; el amor es la antítesis del uso utilitarista (Semen, 2005, p. 42).

Dice Wojtyła en su obra *Amor y responsabilidad* que para garantizar la permanencia del sentido del mandato del amor, y del amor en sí mismo como objeto de ese mandato, ambos, mandato y amor deben estar edificados en un principio personalista, diferente ostensiblemente del utilitarismo. La persona, que es valor en sí, es de igual modo un bien tal que no refiere a la utilización. Solo el amor contiene el modo ético de tratar al otro. Algunos modelos de comportamiento de las sociedades contemporáneas proponen, en nombre de la «modernidad», el egoísmo como acto ético; amenazando el valor superior de la persona reducen el contenido verdadero del amor humano como acción libre, que vincula al ser humano con otro ser; que lo vincula a Dios. Atisba un circundante rechazo del hombre al amor como un don que se le ofrece desde el plano del absoluto: Dios. El eclipse del sentido del amor de Dios es también el crepúsculo del sentido del hombre. El papa Wojtyła advirtió en abril de 1999 en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, que si el hombre no considera y dimensiona con justo valor la vida como una realidad sagrada, la convierte simplemente en una cosa, a la que aprisiona como si fuese su propiedad exclusiva y la manipula. La edificación de una cultura de la vida es el resultado de una civilización humana auténtica, sostenida en la verdad de la vida humana y el amor (Juan Pablo II, 1995, n.o 6). E. Lévinas sostuvo que la persona es un ser relacional. La persona es un ser necesitado, en estado de abierto, no solo coexiste sino que su ser es un ser con otro; la alteridad es pregunta, el otro ser humano me interpela; esa apertura es solo humana, hace al hombre «guardián del hermano» según lo expresa Lévinas.

Wojtyła entendió que el paradigma de todas las relaciones humanas es la consistente en la relación hombre y mujer, en la que no aparece solo el yo, sino yo-tú: esta es la expresión original de las relaciones personales. El hombre ama con el cuerpo, ama con la psique, ama con el espíritu porque estos elementos constitutivos son una unidad. El cuerpo no es solo realidad orgánica. Como realidad fenoménica, es signo de la vocación del hombre a ser don para otro. En la carta *Familiaris consortio*, al respecto, en el numeral 11, dice Wojtyła que Dios ha inscrito en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación, la capacidad y la responsabilidad del amor. El amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano, por tanto el otro es el objeto y fin de la vocación humana. El hombre como espíritu encarnado, como alma que se fenomeniza

en el cuerpo está llamado al amor en la totalidad unificada que es él: el amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual. El hombre no puede vivir sin el otro porque el hombre no puede vivir sin amor. Sin el otro, no como instrumento sino como fin, el hombre no se realiza. Amar es dar, es una acción libre e irrevocable. El amor humano es esponsal: fiel, porque el valor en sí que es la persona demanda que así lo sea.

Una vida y un mundo vivido junto con otros.

El hombre actúa «junto con otros». Esta experiencia de la persona se convierte también en un objeto de estudio que amplía el horizonte de conocimiento sobre lo que Wojtyła ha llamado «intersubjetividad», no distinta de la explicación de Edmund Husserl sobre el mismo concepto en el texto *Meditaciones cartesianas* como dimensión cognoscitiva, pero sí con un elemento nuevo: la participación. Existe un reconocimiento inexorable en el campo de la experiencia, sea que lo tome o no lo tome por tema, me preocupe o no por él, de un mundo en el que vivo con otros; veamos:

Tengo conciencia de un mundo extendido sin fin en el espacio y en el tiempo y que viene y ha venido a ser sin fin en el tiempo. Tengo conciencia de él, quiere decir ante todo: lo encuentro ante mí inmediata e intuitivamente, lo experimento [...]. También están seres animados, digamos hombres, inmediatamente para mí ahí: los miro y los veo, los oigo acercarse, estrecho su mano al hablar con ellos, comprendo inmediatamente lo que representan y piensan, qué sentimientos se mueven en ellos, qué desean y qué quieren. También ellos están ahí delante, en mi campo de intuición, como realidades, incluso cuando no fijo la atención en ellos [...]. De este modo me encuentro en todo momento de la vigilia, y sin poder evitarlo, en relación consciente al uno y mismo mundo, bien que cambiante de contenido. Este mundo esta persistentemente para mí «ahí delante», yo mismo soy miembro de él, pero no está para mí ahí como un mero mundo de cosas, sino, en la misma forma inmediata, como un mundo de valores y de bienes, un mundo práctico [...]. También estos ca-

racteres de valor y estos caracteres prácticos son inherentes constitutivamente a los objetos que «están» «ahí delante» en cuanto tales, vuélvame o no a ellos y a los objetos en general. Lo mismo vale, naturalmente, así como para las meras cosas, también para los hombres y animales de mi contorno. Son ellos mis «amigos» o «enemigos», mis «servidores» o «Jefes», «extraños» o «parientes» [...] (Husserl, 1993, pp. 64-66).

En la denominada «Quinta meditación» de Husserl la idea es fundamentar y justificar la objetividad de todo argumento elaborado a partir de la experiencia y del mundo; dice en este orden de ideas Mario A. Presas en la introducción a *Meditaciones cartesianas* para Ediciones Paulinas, respecto del reconocimiento de lo otro particular, especial y monadológico [unitario e individual] como valoración fundante de la comunidad humana, que:

En cuanto yo aprehendo al otro como alter ego, por tanto, lo capto como aquél para el que yo mismo soy otro, como él lo es para mí, y para el cual existe un mundo tal como existe para mí. El otro se constituye en mí con el sentido de un ser que es, por su parte, constituyente. Por esta vía se aclara la constitución intersubjetiva de un mundo común y, en tal sentido, objetivo [...]. [En la experiencia del extraño] tiene especial importancia, por tanto, la naturaleza común que se anuncia como trasfondo en cada yo absoluto —no como la naturaleza en que estamos colocados, ni como la naturaleza científica, sino como la naturaleza que impera en virtud del cuerpo propio de cada uno, su aquí absoluto—. Si no fuera por ello, el yo que, como mostraban las *Meditaciones cartesianas*, es sujeto de su historia, de su génesis, seguiría siendo una mónada incomunicable y por ende no habría historia común de la humanidad (Husserl, 1979, pp. 24-25).

La acción de la persona es en sí misma un valor fundamental, Wojtyła la denomina valor personalista que se encuentra antes que los valores éticos, puesto que todo valor moral de bueno o malo, presupone una acción. Este valor es personalista porque la persona, sujeto de la acción, se realiza en ella: el mal moral por tanto es una no realización de la acción como una no realización de la persona.

La persona se actualiza en la acción como una realidad objetiva y se actualiza como valor. El hombre-sujeto es persona no solo porque posee naturaleza racional y vive con otros, según la antropología tradicional, sino porque vivir con otros o en comunidad presupone la existencia de un ser que actúa. La participación entonces se entiende como aquello en lo que consiste la trascendencia de la persona como actuar con otros. La persona tiene derecho a actuar, por tanto a ser libre. El individualismo es la contraposición de la participación puesto que aísla la persona, y la considera una amenaza para los demás: «Para el individualismo, los “otros” son una fuente de limitación» (Wojtyła, 1982, p. 320). Esta visión es impersonalista puesto que ser persona es también la capacidad de participar con los otros del actuar: la libertad de acción como derecho es una condición vital del orden ético; sin embargo en esa libertad no hay derecho a actuar u obrar mal, puesto que el bien común corresponde a la naturaleza social del hombre, y obrar mal menoscaba esa naturaleza.

La acción como valor impone una obligación: la de obrar bien, la de que la acción corresponda a la actitud solidaria como la responsabilidad de llevar a cabo como miembro de una comunidad, la parte que me corresponde. Pero Wojtyła va más lejos, una cosa es ser miembro de una comunidad que considera a los otros como «consocios», y otra es la de percibir que el otro por su valor personal es un «prójimo». Esta consideración lleva a percibir la persona no solo como otro, sino como un absoluto, como la posibilidad de hacer con él una comunidad interhumana. Este propósito se encuentra fundado en la experiencia del amor: el amor es lo auténtico de la persona, y esto se consigue mediante la yuxtaposición del prójimo con el propio ego según el mandato positivo evangélico: «Y amarás al prójimo como a ti mismo». En este sentido, el cristianismo en su estado puro es una afirmación de la vida. Este es un sistema que tiene como referencia al otro como prójimo, como uno digno de ser amado como yo me cuido y me amo, como yo me valoro. Es evidente que este sistema es superior a cualquiera pensado antes. Dice Wojtyła:

El mandamiento «amarás» tiene un carácter completamente comunitario; es expresión de lo que es necesario para que se forme una comunidad; pero, por encima de todo, lo que hace es destacar lo que es necesario para que una comunidad sea realmente humana [...]. Por eso los dos sistemas de referencia —al prójimo y al miembro de una comunidad— se deben considerar conjuntamente y no por separado o en mutua oposición, aun cuando su distinción esté completamente justificada (Wojtyła, 1982, p. 345).

La idea de «prójimo», argumenta Wojtyła (1982, p. 341), obliga a reconocer y valorar aquello que dentro del hombre es independiente de su condición de miembro de una comunidad, obliga a apreciar en él el absoluto del valor de la persona. El olvido del otro es el olvido de la profundidad real de la participación que se indica en la palabra «prójimo»: el mandamiento del amor indica la medida de las tareas y exigencias con que debe entablarse toda relación del hombre con el hombre; amar es hacerse, en el más alto grado, persona. El amor como acción es el movimiento humano en el que la persona se realiza del modo más completo.

Según como entiende el amor Karol Wojtyła, en él la persona es para el prójimo un don. El amor es pura trascendencia, es una acción especialmente libre. He aquí un dato en el que el hombre-sujeto se nos revela como fenómeno de Dios, puesto que la naturaleza de Dios es el puro darse. Participación, solidaridad y comunión, son nociones nucleares de la visión antropológica de Wojtyła. Por participación se entienden las acciones de la persona en conjunto con otras personas, cuyo fin es un objetivo común. Por participación entiéndase colectividad, como elemento esencial de la realización personal. La participación es antónima del individualismo, puesto que esta última denota la superposición del bien individual sobre el bien de la sociedad como comunidad. La participación es contraria a la noción de totalitarismo que percibe al otro como amenaza. La solidaridad, también muy contraria al individualismo y al totalitarismo, resalta el hecho de la complementariedad de las acciones humanas puestas en común; la solidaridad es respeto por el «prójimo» que conmigo actúa en el mismo horizonte. Nótese, en contraposición a las consideraciones peyorativas del amor, cómo la fenomenología de la persona en acción de Karol Wojtyła restaura la experiencia del amor como un dato real fenomenizado en el actuar, en cuanto que el estudio del hombre como persona, no partiendo de la estructura ontológica de la persona para deducir sus acciones, sino yendo de estas a lo primero, pone por tema la acción humana como una evidencia vivida o revelación de la persona misma. Ser persona significa trascender a sí mismo como vuelta sobre sí, es trascendencia inmanente: el ego se intenciona hacia dentro y se descubre como causa libre de sus acciones. Se descubre como todo espíritu, y como todo cuerpo. Se descubre como unidad.

El imperativo moral personalista de Karol Wojtyła que aclara la percepción de la persona como una vivencia que experimenta al otro como fin en sí mismo, tiene como punto de partida el pensamiento ético sobre el hombre-sujeto: realidad capaz de autodeterminación porque es libre, realidad fenomenizada en la experiencia de la acción humana. La persona es una realidad esencialmente moral: la experiencia sobre sí y la experiencia del otro como «prójimo» se presenta como normativa del modo más específico; la dignidad de la persona humana como valor particular se afirma en la acción del amor por ella. Dice Wojtyła en Amor y responsabilidad:

Hemos dicho que el mandamiento del amor es una norma personalista. Partimos del ser de la persona y venimos a parar al reconocimiento de su valor particular. El mundo de los seres es un mundo de objetos en el que distinguimos personas y cosas. La persona se diferencia de la cosa por su estructura y por su perfección. La estructura de la persona comprende su interioridad en la que descubrimos elementos de vida espiritual, lo cual nos obliga a reconocer la naturaleza espiritual del alma humana y de la perfección propia de la persona. Su valor depende de esta perfección. La perfección de la persona, espíritu encarnado y no meramente cuerpo, por muy estupendamente que esté animado, al ser de carácter espiritual, no se pueden considerar como iguales una persona y una cosa. Un abismo infranqueable separa el psiquismo animal de la espiritualidad del hombre (1978, p. 60).

«La palabra "amor" es equívoca», dice Wojtyła (1978, p. 33). Decir algo del amor entre hombre y mujer por ejemplo, o el amor por el «prójimo» como estructuración de una justicia total, es decir algo de una o dos de sus múltiples significaciones:

Se requiere un análisis detallado para llegar a definir, aunque sea incompletamente, la rica y compleja realidad que designa [el amor]. Admitiremos como punto de partida que el amor es siempre una relación mutua de personas, que se funda a su vez en la actitud de ellas individual y común respecto del bien [...]. Conviene que en seguida distingamos los principales elementos del amor, así de su esencia ligada con la actitud frente al bien como de su estructura de relación mutua de personas. Todo amor comprende esos elementos. Así, por ejemplo, el amor siempre es atracción y afecto. El amor entre la mujer y el hombre no es más que un caso particular del amor y muestra tener todos los rasgos. Por esto sería mejor llamar «metafísico» al análisis general del amor, porque el término que lo designa es manifiestamente analógico (Wojtyła, 1978, pp. 33-34).

Sin embargo, el análisis del amor de Wojtyła no es solo metafísico ni tampoco estrictamente fenomenológico, como se ha sugerido ya también respecto del análisis de la estructura de la persona; más bien es un análisis de su significación como una acción, como movimiento que es en sí mismo virtud, que contiene en sí todas las demás virtudes. Escribió Wojtyła en una de sus poesías: «El Amor me lo ha aclarado todo, el Amor me lo ha solucionado todo, por eso glorifico el Amor en cualquier lugar en que se manifieste» (2005b, p. 9).

Conclusiones

La acción personal como hecho que prueba un sujeto racional es un hecho fenomenológico, siguiendo a Max Scheler: «Hechos fenomenológicos pueden ser hechos que residen en la esencia de un objeto en general, y aquellos mediante los cuales se diferencian las encarnaciones del objeto» (2011, p. 172). La acción es la encarnación de toda la subjetividad de la persona humana, la acción de la persona es esencia manifestada. «El hombre es, en cierta manera, un ser condenado a crear» (Wojtyła, 1978, p. 153) y esa creación es por excelencia la acción. La verdad que define la persona humana es que posee irreductible dignidad. Tadeusz Styczen, en un artículo dedicado a la filosofía moral de Karol Wojtyła, dice: «La persona es el ser al que, de modo propio y pleno, se refiere el amor. El amor es la responsabilidad de la dignidad de la otra persona» (Wojtyła, 2010, p. 125). La idea de que el hombre es un sujeto dotado de interioridad, y que por ella es alguien y no una cosa conduce a fundamentar en esa idea del hombre un personalismo filosófico objetivo.

Referencias bibliográficas

- Husserl, Edmund. (1960). *Cartesian meditations*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- Husserl, Edmund. (1979). *Meditaciones cartesianas*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Husserl, Edmund. (1993). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Juan Pablo II. (1979, febrero, 11) *Ángelus*. Ciudad del Vaticano. Recuperado de: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/angelus/1979/documents/hf_jp-ii_ang_19790211_sp.html
- Juan Pablo II. (1980, junio, 1). *Mensaje del santo padre Juan Pablo II a los jóvenes reunidos en el Parque de los Príncipes*. París. http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1980/june/documents/hf_jp-ii_spe_19800601_giovani-di-francia_sp.html

- Juan Pablo II. (1981a). *Exhortación apostólica postsinodal Familiaris consortio sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual*. Madrid: Paulinas.
- Juan Pablo II. (1981b). *Carta encíclica Laborem exercens sobre el trabajo humano*. Santo Domingo: Amigo del Hogar.
- Juan Pablo II. (1984). *Carta apostólica Salvifici doloris sobre el sufrimiento humano*. Madrid: Paulinas.
- Juan Pablo II. (1994). *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Juan Pablo II. (1995). *Carta Encíclica Evangelium vitae sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana*. Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (2005). *Memoria e identidad*. Santiago de Chile: Planeta.
- Maestro Eckhart. (1978). *Deutsche Predigten und Traktate*. Múnich: Carl Hanser.
- Scheler, Max. (1938). *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires: Losada.
- Scheler, Max. (1941). *Ética*. Buenos Aires: Revista de Occidente.
- Scheler, Max. (1957). *Esencia y formas de la simpatía*. Buenos Aires: Losada.
- Scheler, Max. (2011). *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico (con otros escritos sobre el método fenomenológico)*. Madrid: Encuentro.
- Semen, Yves. (2005). *La sexualidad según Juan Pablo II*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Wojtyła, Karol. (1978). *Amor y responsabilidad*. Madrid: Razón y Fe.
- Wojtyła, Karol. (1982). *Persona y acción*. Madrid: BAC.
- Wojtyła, Karol. (1998). *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Madrid: Palabra.
- Wojtyła, Karol. (2005a). *El hombre y su destino. Ensayos de antropología*. Madrid: Palabra.
- Wojtyła, Karol. (2005b). *Karol Wojtyła. Poesías*. Madrid: BAC.
- Wojtyła, Karol. (2010). *Mi visión del hombre. Hacia una nueva ética*. Madrid: Palabra.
- Wojtyła, Karol. (2011). *Persona y acción*. Madrid: Palabra.